

Novela por entregas

Principal modelo de difusión literaria del siglo XIX

Sandra López Chacón

Universidad de Granada

ÍNDICE

1. Antes de empezar.....	2
2. España en el siglo XIX	2
3. ¿Novela <i>por entregas</i> o novela <i>de folletín</i> ?	3
3.1. Origen.....	3
3.2. Forma	5
3.3. Temática.....	6
4. Público lector.....	7
5. Autoría.....	10
5.1. Wenceslao Ayguals de Izco	10
5.2. Autores y editores	12
6. Para finalizar.....	13
7. Bibliografía.....	15

1. Antes de empezar

Con base en las directrices dadas en el presente curso, *El pueblo de Europa y sus voces*, he decidido ahondar en uno de los modos editoriales más relevantes del siglo XIX en Europa, concretamente en España, en relación con el pueblo y su voz: la “Novela por Entregas”.

El motivo que me lleva a realizar este análisis radica fundamentalmente, en que el tema mencionado podría considerarse por algunos el género popular por antonomasia, la esencia de la cultura del pueblo en cualquiera de sus facetas. De tal forma que iré analizando algunos aspectos básicos relativos a todo este entramado.

Esta novela, como veremos adelante, constituía lo que se conoce como *paraliteratura*. Este término posee connotaciones marginales, literatura que por su forma o contenido no era considerada literatura íntegra, de calidad: literatura al margen.

Ahora bien, el interés de todo esto parte en el momento en que somos conocedores de datos como el siguiente: existía un contraste realmente fuerte entre el número de tiradas de libros sueltos (volúmenes completos) y las tiradas de novelas por entregas, entre 1840 y 1870. Si bien las tiradas de libros no solían llegar a los 3.000 ejemplares, las novelas por entregas pudieron llegar a situarse entre las 12.000 y 13.000 tiradas.

¿A quién no le invade la curiosidad ante estos datos?

2. España en el siglo XIX

El 14 de julio de 1789 da comienzo la Revolución Francesa. Por lo que a principios del siglo XIX, prácticamente en toda Europa, nos situamos en pleno cambio político, social y cultural que desembocará en la construcción de una sociedad liberal.

A causa de estos cambios, en toda Europa comienzan a darse transformaciones en el panorama literario, que al conllevar un deseo de renovación social, desembocarán en la creación de literaturas *populares*, con características propias, que cada nación va creando, al mismo tiempo que las influencias entre las diferentes naciones, se van acrecentando.

Es en este proceso de transición del Antiguo Régimen hacia una sociedad liberal, donde se encuentran las nuevas orientaciones que sufre el libro y todos los aspectos que lo rodean. A lo largo del siglo XIX en la sociedad española, el libro constituirá el modo fundamental de transmisión cultural, paliando el alto nivel de analfabetismo y sufriendo cambios esenciales en sus características básicas: producción, contenido, función o comercialización (Martínez Martín, 1992).

En España, el hecho de que el siglo XVIII sea poco fértil novelísticamente hablando, en total contraposición a las brillantes producciones narrativas de los siglos XVI y XVII, hace que nos encontremos ante una llamativa ruptura. Esto lleva a que escritores y editores del siglo XIX sientan cómo han de comenzar, prácticamente desde cero, a reconstruir todo el panorama novelístico español. Será a partir de la tercera década del siglo XIX cuando se incremente el número de las publicaciones de carácter narrativo.

Como iremos viendo más adelante, una forma característica que adoptó la novela durante estos años fue la de entregas de cuadernos sucesivos, caracterizada por publicarse de modo fragmentado mediante la venta directa en la calle o a domicilio.

Sin embargo, como bien explica Leonardo Romero (1976), es difícil analizar todo este universo de literatura por entregas, debido a que lo que hoy en día encontramos son volúmenes encuadernados, de los que es necesario deducir hipotéticamente su original realización fascicular. Además al poseer escasa documentación bibliográfica, la información con la que ya contamos procede de suposiciones aproximadas, derivadas de noticias del tipo: prospectos de propaganda, anuncios periodísticos o noticias aparecidas en los folletines de la prensa periódica.

Seré cauta en la utilización de terminología, y en ocasiones aludiré a *novela popular*, en la que pretenderé englobar todo lo producido en estas fechas.

3. ¿Novela por entregas o novela de folletín?

En España, se produce la novela por entregas entre las décadas 1840 - 1870.

3.1. Origen

En su origen, ambos términos: *entrega* y *folletín*, constituían sendos conceptos, por lo que no han de confundirse lo que eran dos modalidades editoriales

contemporáneas, pero diferentes. A continuación, los separaré y así podremos ver cuáles fueron sus vías de desarrollo, y qué hizo que posteriormente llegasen a homologarse estos dos procedimientos distintos de publicación.

· Por una parte, existía un sistema editorial llamado *folletín* o *folletón*, acompañando a las publicaciones periódicas. Ambos términos se encuentran en gran medida igualados, aunque se prefiere el segundo ante el rechazo del primero: *folletón* es un calco del francés “*feuilleton*”. Además, Leonardo Romero, cita en su obra la definición histórica que María Moliner propone para el término:

“Escrito que se inserta en la parte inferior de alguna hoja de un periódico, de modo que se puede cortar para coleccionarlo; generalmente se publican así novelas por partes; a veces, también artículos literarios o ensayos.” (Moliner, 2007:1379).

· Por otra lado existía lo que se conoce como *novela por entregas* o *novela popular*, un tipo de novela con estilo formal y particular, que sirvió de soporte a gran clase de obras y géneros. De hecho, según Baulo: “Es sabido que (...) las entregas abarcaron todo tipo de materias: enciclopedias, diccionarios, historiografías, tratados de geografía, de religión, cartillas y, sobre todo, novelas.” (Baulo, 2004: 9).

De modo que al comienzo constituían escritos con orientaciones diferentes: mientras que el *folletín* del periódico contaba con su propio público lector, consumidor del periódico en el que se incluyese, la *novela por entregas*, en fascículos o cuadernillos, constituye un negocio en sí misma, algo más arriesgado, puesto que su publicación dependerá únicamente del éxito o fracaso que obtenga.

Sin embargo, con el tiempo, se igualó el significado entre ambos términos, por lo que *novela de folletín* y *novela por entregas* llegaron a identificarse, siendo prácticamente sinónimas. Esto sucedió, debido a que el contenido del folletín no se limitó a escritos informativos de carácter no-literario (como sucedía al principio), sino que se empezaron a publicar relatos serializados y en ocasiones, hasta novelas originales y traducidas. Y no solo en la parte inferior del periódico, sino que también se publicaba en entregas separadas, vendidas al público individualmente (Romero Tobar, 1976).

Si bien en un comienzo, ambos modelos editoriales, respondían a motivaciones diferentes, finalmente los dos constituyeron una importante vía de publicación y difusión de la novela conocida como “popular”.

La crítica ha denominado esta modalidad literaria: *paraliteratura*.

3.2. Forma

¿Qué aspecto tenía una entrega? ¿Cómo era visualmente?

Conforme he ido ahondando en este tema, he podido comprobar que la novela por entregas se encuadraba en el ámbito de los negocios, en lo comercial, lo que quiere decir que se prestaba más importancia a los beneficios económicos que producía, que a lo que la conformaba en sí.

Se publicaba en papel de mala calidad, los caracteres de imprenta eran demasiados grandes, tenía gran cantidad de títulos, subtítulos, apartados, divisiones y subdivisiones que carecían de funcionalidad alguna y además abundaban los largos diálogos en los que apenas se decía nada; en conclusión: estas novelas ocupaban más espacio del que en realidad les correspondía. La razón es sencilla: a mayor extensión, mayor número de entregas eran necesarias para aunar la novela completa.

Generalmente, las entregas se componían de dieciséis páginas, que constaban de unas veinte a veinticinco líneas. Una novela por entregas de la época, se componía de dos tomos de cuatrocientas páginas cada uno, en total: ochocientas páginas, que publicadas en realidad con una extensión “correcta”, darían como resultado un libro de unas trescientas páginas.

Cobran importancia en este punto, los talleres de encuadernación, muy abundantes en Madrid y Barcelona (ciudades que produjeron la mayor parte de este tipo de novelas), donde los lectores debían llevar todas las entregas, una vez recopiladas, para convertirlas en libro. Gasto, por supuesto, a cargo del propio lector.

Y hablando de gastos, ¿qué coste alcanzaba contar con una novela por entregas en la biblioteca personal? Traslado a continuación las interesantes aportaciones de Juan Ignacio Ferreras:

“Una novela por entregas con éxito podía durar dos años o más; a 52 entregas por año, (una por semana) se llegaba así fácilmente a las 100 entregas, y a real la entrega, el suscriptor pagaba unos 100 reales por la obra. Esta misma obra en libro le hubiera costado 10 ó 15 reales, y además se trataría de un libro, es decir, de una sucesión de cuadernillos ya encuadernados.” (Ferreras, 1987:67).

El problema parte de que los lectores de la entrega, son consumidores de la misma al no disponer de diez o quince reales para gastarlos de una vez en un libro. Juzgue cada uno lo relativo al entramado del negocio editorial.

Por último, me gustaría añadir un elemento más, constituyente de la entrega, en su plano físico. En estos años, la imaginería constituía algo llamativo a causa de su propia escasez en los hogares. Los lectores de estas novelas no eran lo suficientemente pudientes como para hacerse con cuadros e imágenes con los que decorar el interior de sus casas.

Por esto, era común captar la atención de los lectores mediante el regalo, junto a la suscripción de la entrega, de una lámina; más adelante, cada cierto número de entregas, volvían a regalarse más. Era corriente el suministro de litografías, ilustraciones o grabados, en donde los ilustradores representaban escenas de costumbres, algunas de las veces en relación con la propia novela. Evidentemente, lo importante en estas imágenes no era la calidad artística, sino más bien la funcionalidad que tuvieran: se orientaban en función de un público, quien normalmente no era capaz de discernir el arte, sino que se limitaban a demandar colores llamativos y caracterización de los personajes ilustrados (el personaje *malo*, debía parecer malvado, y el personaje *bueno*, angelical).

En consecuencia, el número de ilustradores en esta época creció de modo considerable (se habla de doscientos ilustradores aproximadamente entre 1830 y 1870), dada la demanda y la “sed de imaginería” (Ferrerías, 1972) que tenía todo el público lector.

3.3. Temática

En la mayoría de los casos, la temática de este tipo de novelas giraba en torno a bandidos y valientes, acontecimientos relacionados con la historia bélica y política contemporáneas y la narración sobre usos y formas de comportamientos domésticos de la sociedad (Romero Tobar, 1976).

Por lo que mayoritariamente, en relación a su estructura, podemos comprobar cómo se organizan con base en el dualismo más elemental: novelas de aventuras con protagonista y antagonista, una batalla entre las acciones y usos de, permítanme la

expresión, *buenos* contra *malos*, donde la victoria final se otorga, cómo no, a los *buenos*. Asistimos a personajes tipo, que no evolucionan psicológicamente.

Romero Tobar, a partir de una selección, realizada por él mismo, de novelas por entregas, llega a varias conclusiones acerca de la temática. Opina que estas obras reconstruyen la imagen que la sociedad española parecía tener de sí misma, al mismo tiempo que reproducen incesantemente estructuras literarias estereotipadas.

Y es que a medida que se va escribiendo, la acción principal de la obra se ve cortada por acciones secundarias, contingentes de gran intriga, al final de cada una de las entregas. De tal modo que el lector se encuentra atrapado a la historia, y por tanto en la necesidad de adquirir la siguiente entrega que le lleve a desvelar la intriga.

Además, suele darse cierto mimetismo en ellas (Benítez, 1979). Y es que, con la finalidad de su venta, a lo largo de las primeras entregas cada novela, se tiende un hilo argumental que permitirán improvisar las continuaciones: dependiendo de la respuesta de los suscriptores, la historia se encaminará hacia un lado u otro, se alargará o se dará fin de manera más inmediata. Por lo que si bien al principio estarán mejor escritas (en el sentido de mayor calidad literaria), más adelante irán empobreciéndose (repetición de frases, expresiones, arquetipos y lugares), pero manteniendo siempre la intriga hasta llegar al final de la obra.

Tras la Revolución de 1868, la publicación de la novela por entregas comienza a disminuir. De modo que ya hacia 1870, aproximadamente, comienza a entrar en decadencia. Sin embargo, no se refiere a la decadencia del negocio o de la industria editorial en España, sino a la decadencia del modo editorial. Tampoco se da la eliminación radical de la novela por entregas, si bien continúan publicándose. Sin embargo, no surgen nuevos novelistas al igual que no se renuevan las temáticas: prácticamente ninguna novela publicada por entregas, tras 1968, presenta innovación en el género. Poco a poco van reduciéndose los periódicos, las imprentas, las librerías y, finalmente, los talleres de encuadernación.

4. Público lector

Existe gran cantidad de elucubraciones acerca de qué tipo de población compuso en su mayoría el público lector de novela por entregas, en el siglo XIX.

Es algo complicado hablar de cifras exactas, al no poseer información exhaustiva sobre las cifras de novelas impresas en el siglo que tratamos, así como de las redes de venta y distribución. Además, en ocasiones nos encontramos continuamente con la siguiente idea: “solo el lector que no puede pagar un libro entero compra entregas” (Ferrerías, 1972: 24). Si bien la diferencia económica entre un libro y una entrega era significativa, ¿hasta qué punto es certera esa afirmación? Analicemos algunos puntos.

Para empezar, en aquella época sucedía algo que ha continuado hasta nuestros días: el préstamo de lectura. Era (y es) muy frecuente, que los lectores pasaran entre ellos, de mano en mano, lecturas que habían gustado y por ello recomendaban a familiares o amigos. ¿Quién no ha pedido consejo a alguien cercano sobre qué leer? El intercambio de escritos era propio en la época, y conocer las obras por el “boca a boca” aún más. Lo que implicaba que ya no era necesario adquirir la entrega para leerla.

Por ello, escritores y novelistas, como Ayguals de Izco, realizan este tipo de advertencias tan curiosas: “a fin de evitar cualquier deterioro se abstengan de prestarla [la obra] a los que no están suscritos a ella” (en *La Linterna Mágica*, 11 de noviembre de 1849, visto en: Baulo, 2004).

No obstante, parece ser que estos consejos no consiguieron frenar el fenómeno de la lectura colectiva y el préstamo.

Si continuamos analizando qué tipo de lectores consumían esta literatura popular, descubrimos que era muy frecuente la lectura en voz alta en pequeños círculos, fundamentalmente en las zonas rurales o de provincia, donde el índice de analfabetismo era altísimo. Tanto la lectura como el comentario público posterior de la misma cobran gran relevancia.

Además es bien sonada la afirmación de que la novela por entregas va destinada al público femenino, con base en su temática. Escribe Juan Ignacio Ferrerías:

“Los temas, las intrigas de las obras parecen destinadas a un público femenino; (...) la mayor parte de los personajes femeninos de estas obras pertenecen, aunque no es general, al mundo del trabajo: obreras, sirvientas, costureras, planchadoras, etc.: la mujer rica, la mujer con cierta situación económica, es descrita como dura, cruel, avarienta, ambiciosa. (...) Amor, matrimonio, adulterio, abandono, hijos sin padre, hijos

sin madre, problemas o temas todos que fueron sin duda programados en función de un lectorado femenino.” (Ferrerías, 1972:27-28).

Como explica el autor, se trataba de literatura “para jóvenes” o para “señoritas”, literatura de tradición en la que las mujeres veían reflejadas su propia condición. Eso sí, las mujeres obreras son las que se presentan como las auténticas protagonistas de esta novela popular: mujeres trabajadoras, artesanas y del pequeño comercio, y junto a ellas hombres de igual condición.

Este último dato nos traslada a otro tipo de lectores: la clase obrera. Son multitudinarias las novelas por entregas en las que la temática trata historias entre obreros ejemplares y patrones malvados.

Pero no todo queda ahí, y es que como ya hemos explicado anteriormente, la novela por entregas funcionó como soporte de diversidad de géneros y temáticas. Se incluyen pues, obras relativas a la historia y a las ciencias naturales, ¿a qué lectores podrían interesar estas materias? Evidentemente no a los obreros, sino a un público con un punto más de cultura: estudiantes, artesanos e incluso militares, eran los consumidores de este tipo de obras de temas más complejos.

Para ir cerrando esta cuestión, no debemos quedarnos con la idea de que la novela por entregas se orientaba a las clases menos favorecidas económicamente, por dos razones fundamentales. Entre este público, en menor medida pudiente, el nivel de analfabetismo era altísimo; además, por norma general vivía en zonas rurales, y la novela por entregas fundamentalmente se distribuía en el núcleo urbano, puesto que ahí se situaban los principales puntos de edición.

Aun así, si bien la mayoría de lectores, alfabetizados, se concentraban en las ciudades y núcleos urbanos, no podemos dejar de lado la importante vía de difusión de esta literatura popular que supuso la creación de pequeños grupos de lectura en las zonas rurales, donde la comunicación mediante la lectura en voz alta suponía un importantísima fuente de socialización y propagación de conocimientos.

Tras todo este análisis, podría afirmar que no solo eran consumidores de la novela por entregas aquellos que no podían comprar un libro, sino que el círculo era mucho más amplio (debido también al hecho de que algunas novelas únicamente se publicaban de modo fasciculado). Puestos a crear una tipología social del público lector,

lo único que puedo explicar con certeza es que el fenómeno de la lectura de entregas hizo que la lectura llegase más allá de los límites del propio libro, fue una manera de acercarse a las clases medias que recibían su salario semanalmente, fundamentalmente mujeres, pero radiándose en el espacio, en lo que Botrel (1974) denomina “fenómeno de los nuevos lectores”.

5. Autoría

De todos es sabido que el género novelístico obtuvo, durante la época de auge de la novela por entregas, gran empuje. Esto hizo que el número de autores (y de editores) aumentasen considerablemente.

Parece ser que es complicado discernir entre aquellos autores que escriben por entregas y aquellos que publican por entregas, sin embargo ¿cómo podría realizarse tal distinción? La curiosidad de este breve apunte, radica en que existían autores que se dedicaban exclusivamente a escribir entregas, considerados *especialistas*, en contraposición a otros que podían publicar además, volúmenes enteros.

Dado el reducido espacio con el que cuento para tratar el presente tema, me ceñiré a un solo autor, para así poder ahondar en la medida de lo posible en él, y no limitarme a la mera enumeración de multitud de autores y obras.

5.1. Wenceslao Ayguals de Izco

Por diversos motivos, al investigar a los autores de novelas por entregas, en el siglo XIX, he llegado a través de diferentes vías hasta Wenceslao Ayguals de Izco, uno de los especialistas más conocidos y prolíficos en este tiempo, entre otros. Sus obras son consideradas el elemento que inaugura en España la técnica de la producción por entregas (Ferrerías, 1972).

Ayguals fue un novelista, editor, periodista y director de periódicos, hombre político y de negocios. Comenzó su carrera literaria hacia 1830, cultivando tanto el estilo realista como el romántico. Además de ser conocido en España, al traducir las obras de Eugène Sue, también se dio a conocer en Francia.

Poseía una editorial llamada *Sociedad Literaria*, a través de la cual difundía sus propias obras. De este modo, puso de moda la publicación de la entrega, a través de sus novelas y sus periódicos.

Hacia 1848, comienza, dentro de su propia editorial, una colección que comprendió unos cuarenta títulos, llamada *El novelista universal. Colección de novelas*, donde se incluyen obras del autor junto a las de otros escritores como García Tejero y Martínez Villergas, entre otros.

Al género nacido de este grupo de autores, se le conoce como “social”, debido a que son los primeros que intentan mostrar a través de la literatura novelesca, los problemas sociales: de clase, políticos y económicos de la sociedad contemporánea, a través del costumbrismo y de la novela histórica. Estos escritores sociales, no pretendían tener un carácter revolucionario, sino predicar la paz social, a partir de promover el entendimiento entre diferentes grupos sociales. (Benítez, 1979; Ferreras, 1972). Ayguals de Izco, en concreto, lo hace desde la moral evangélica.

Del mencionado costumbrismo así como de la novela histórica, parte la novela folletinesca. No obstante, progresivamente irá evolucionando hacia una literatura, como ya hemos visto en el presente trabajo, que se encargará de mostrar dualismos morales. El hecho de ir despojándose de todo el universo literario por el que estaba formada, para dotarse de un contenido más sencillo, convierten a la novela por entregas en lo que algunos tachan de *paraliteratura*.

Ayguals también sufre esta desviación. Tal y como explica Ferreras en su obra (1972), tan detalladamente, si bien en sus primeras obras como *María, la hija de un jornalero* o *La Marquesa de Bellaflor*, la historia social posee un papel relevante, más adelante en obras como *Pobres y ricos* o *La Bruja de Madrid*, la temática dualista prevalece sin más.

A pesar de todo, es indudable que se trata de uno de los autores más relevantes del universo del folletín. Hombre de gran personalidad, no debió de pasar desapercibido, pues con las siguientes palabras es descrito por Rubén Benítez:

“En su época fue hombre temido y escritor despreciado por los intelectuales. Al mismo tiempo, si no ídolo de las masas, al menos un escritor muy popular en los sectores menos cultos de la población que podían comprar sus folletines. Sus contemporáneos publican, en la prensa periódica y en los libros, descomensurados elogios o furibundos ataques contra él.” (Benítez, 1979:1).

Ahora bien, ¿de qué dependía la buena aceptación o no de las obras de los autores? ¿Poseían plena libertad de creación literaria? ¿Qué hay de los beneficios que obtenían? Lógicamente, podemos pensar que irían en relación directa con el número de novelas que lograrse proporcionar al editor.

Veamos algunos de estos aspectos más detenidamente.

5.2. Autores y editores

Es llamativa la relación que existía entre autores y editores. En ocasiones, leemos que la dependencia del escritor respecto al editor, podía llegar a ser absoluta.

Para empezar, seamos conscientes de que el editor es dueño de un “negocio” que tiene entre manos.

Tal negocio, como todos, presupone una campaña de promoción a cargo del editor, quien realizará una pequeña inversión al principio que posteriormente recuperará con creces. Esta “campaña publicitaria”, se realizaba a través de grandes carteles pegados en las principales calles, así como a través de entregas de prospectos donde se especificaban los datos de relevancia de la obra (título, autor, precio, etc.). Estos prospectos se entregaban a domicilio, casa por casa, y además incluían la copia de un fragmento de la novela, que al acabar en suspense, de forma misteriosa, despertaba la curiosidad del lector y sus ganas de suscribirse a la obra.

Continuando en la línea del “negocio editorial”, la novela por entregas puede atender a cualquier modo de edición. Con base en la demanda de los lectores, el editor tiene la libertad de decidir la forma de publicación: bien sea las entregas sueltas, bien insertadas en un periódico diario (esto sería el folletín) o incluso, viendo que las suscripciones cesan o que determinadas entregas no se venden correctamente, puede hasta encuadernarlas y publicarlas directamente en volumen.

Si por una parte el editor controla el modo editorial, ¿por qué no dar también a sus lectores el tema idóneo para satisfacerlos? Es decir, si los lectores saben lo que quieren leer y el editor es conocedor de esta información, únicamente quedaría hacerlo llegar al autor y que este lo materializase. Esto vierte otra duda: ¿hasta qué punto el autor está siendo dirigido por el editor? Según estos hechos, los editores serían auténticos “empresarios” y los autores quedarían relegados a “obreros literarios” (Baulo, 2004).

En este sentido, los autores de entregas se parecen bastante al periodista: cada cierto tiempo, normalmente una vez al día o una vez por semana, el autor debe entregar un determinado número de cuartillas a la imprenta, siempre las mismas, por lo que no puede ni acotar el contenido ni ampliarlo. Esto limita en gran medida el campo de acción (en lo relativo a la originalidad en la creación literaria) del autor, quien en su producción únicamente puede incluir un tema inmóvil que irá desarrollándose en virtud del número de suscriptores.

A veces se da el caso de que el escritor es tan aclamado que en lugar de escribir él mismo, se dispone a dictar sus obras. Se contratan a varios secretarios o amanuenses, a los que se dicta, de forma que distintas obras literarias van escribiéndose simultáneamente (Ferrerías, 1972).

La consecuencia es clara: los procedimientos de escritura se repiten una vez tras otra, puesto que “el dictado impone ciertas normas: el que dicta recurre a la memoria acústica y repite, como en los poemas o canciones populares, ciertas expresiones de la lengua oral. La prosa se ajusta al ritmo del dictado.” (Benítez, 1979: 155-156).

De tal modo que son escasas las novelas por entregas en las que el autor pueda realizar análisis psicológicos de personajes, espacios o tiempos; la ausencia de complejidad y la rapidez en la escritura de estas novelas, impuesta por los editores, no lo permite.

6. Para finalizar

Llegados a este punto, y tras el análisis de este tema, he podido llegar a la conclusión de varios aspectos relativos a la novela por entregas.

· Pensar que constituye un reflejo de la conciencia social y colectiva de la época, es una afirmación hasta cierto punto cuestionable. Partiendo de la base de que temas y esquemas se reproducen en la elaboración de estas obras, ¿qué de real hay en ellas? Es cierto que a raíz de los acontecimientos contemporáneos, arranca la historia, pero si una vez tras otra se da un mimetismo evidente con el fin de facilitar la labor de escritura del autor, tal vez podamos pensar que la conciencia colectiva que se esconde tras la novela por entregas no es algo verídico.

Esto entroncaría con lo que conocemos como “novela popular”, identificada normalmente con la novela por entregas o novela de folletín. Era una literatura para el pueblo, en el sentido de que el mismo pueblo la demandaba. Existía un contrato implícito entre autores - editores y lectores. Estos últimos sabían qué querían leer y así lo esperaban, independientemente de la calidad literaria que pudiesen encontrar en las obras durante su lectura.

- La finalidad social con la que se creó esta novela, poseía una doble vertiente: entretener y enseñar al público lector. Si bien nos situamos en una época en la que el género novelístico prácticamente brilla por su ausencia, las entregas llegan como forma de diversión, de lectura, supliendo un lugar vacío. Por otro lado, sin llegar a ser adoctrinadoras, muestran las vías correctas de comportamiento mediante la enseñanza de uso y costumbres domésticas, especialmente orientadas a las señoritas.

- Económicamente hablando, parece ser que la novela por entregas supuso en ocasiones, un timo (en el sentido más “adinerado” de la palabra). Una vez que el suscriptor se había hecho con todos los fascículos y los había encuadernado, había desembolsado casi de ocho a diez veces más, el precio de un libro: al no poder adquirir directamente el volumen, iba adquiriendo entregas, más baratas que el ejemplar completo, pero a la larga bastante más caras.

- La edición de entregas, tuvo repercusiones muy positivas en los hábitos de lectura del siglo XIX. Al ampliarse el círculo de lectores, también se acrecentaron los niveles de lectura, que a su vez incidieron en la novela posterior. La novela por entregas supuso un impulso para ir aclimatando el género novelístico en España.

Para finalizar, tomaré sin dudar las acertadas palabras de Sylvie Baulo (2004), al afirmar que: “La novela por entregas de mediados del siglo XIX ha de considerarse como un eslabón esencial en la historia literaria decimonónica”.

7. Bibliografía

- ALBORG, J.L. (1992). *Historia de la literatura española*. Tomo IV. Madrid: Gredos.
- BAULO, S. (2004). “La novela por entregas a mediados del siglo XIX: ¿literatura al margen o del centro?” (p. 8-11), en monográfico: “El folletín: un género marginal en las letras españolas del S. XIX”. *Revista Ínsula*, nº. 693, año 2004, 36 p.
- BENÍTEZ, R. (1979): *Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- BOTREL, J.F. (1974): *La novela por entregas: unidad de creación y de consumo*. Madrid: Castalia.
- FERRERAS, J.I. (1972): *La novela por entregas, 1840-1900*. Madrid: Taurus Ediciones, S.A.
- FERRERAS, J.I. (1987): *La novela española en el siglo XIX (hasta 1968)*. Madrid: Taurus Ediciones, S.A.
- MARTÍNEZ MARTÍN, J. (1992): *Lectura y lectores en el Madrid del S. XIX*. Madrid: CSIC.
- MOLINER, M. (2007): *Diccionario de uso del español*, Tomo 1. Madrid: Editorial Gredos.
- ROMERO TOBAR, L. (1976): *La novela popular española del S. XIX*. Madrid: Fundación Juan March y Editorial Ariel.